

## ALGUNAS HIPÓTESIS SOBRE LA NACIÓN EN LOS IMPERIOS

*Josep M. Fradera*

I

Durante mucho tiempo, la historiografía consideraba “nación” e “imperio” como realidades distintas, como estructuras culturales y sociales que evolucionaron separadamente en términos conceptuales o cronológicos. Mientras que los imperios eran entendidos ante todo como construcciones políticas transnacionales y, a menudo, transcontinentales, a las naciones se les atribuía principalmente la encarnación del alma del pueblo, de un pueblo en particular. En cualquier caso, “imperio” significaba una construcción que no dependía del sentido de pertenencia de quienes lo formaban; a la inversa, se suponía que la nación cumplía este requisito, por frágil y estancada que fuera la unidad de los que la formaban. La única excepción en este esquema podía ser el caso de los grandes imperios-naciones donde la superioridad de un grupo étnico interno resultaba avasalladora. Ejemplo de esta modalidad podría ser el caso de China durante la dinastía Ming, que se identificó de forma consistente con la etnia Han desde la retirada de los mongoles en 1368 y hasta mediados del siglo XVII.

En segundo lugar, y disculpen la simplificación, se tiende a ver a los imperios como una construcción de épocas pasadas, del mundo clásico grecorromano, del califato musulmán y de las monarquías medievales del ca-

Josep M. Fradera, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona. Traducción del catalán de Mauricio Tenorio Trillo en colaboración con el autor.

Ponencia presentada en la apertura del programa de doctorado de Historia Moderna y Contemporánea, 19 de noviembre de 2022, Universitat Autònoma de Barcelona.

tolicismo romano, ortodoxo o protestante. Estos complejos imperiales de los mundos antiguos y del antiguo régimen caducaron finalmente en el mundo europeo o fueron dominados por los europeos con el impulso de las revoluciones norteamericana y francesa. La semilla de esa primera pausa se confirma con la llamada primavera de los pueblos de 1848 y el hundimiento de lo que quedaba del pasado al comienzo de la Gran Guerra y la consagración definitiva del derecho de autodeterminación como supuesto fundamento de la nación en el mundo contemporáneo. Esta era la perspectiva común en los años en que yo estudiaba en la Universidad Autónoma de Barcelona en la década de 1970. No hubiera sido muy diferente de haber cursado mis estudios en París, Londres o en cualquier otra parte.

No es difícil entender los motivos de esta manera de ver las cosas. La historia nacional constituía el corazón del relato historiográfico que se impuso desde el siglo XIX, el siglo que organizó la secuencia histórica de los estadios de la historia moderna y contemporánea (*Modern History*). Las etapas precedentes eran cosas de arqueólogos, clasicistas, medievalistas y modernistas, disciplinas que exigían muy frecuentemente aprendizajes especializados más exigentes (arqueología, epigrafía, lenguas muertas, etc.), y que, acaso por eso, pagaron el precio de un fuerte tradicionalismo ideológico. Regresemos al asunto que nos ocupa, el debate historiográfico alrededor de cómo interpretar las “historias nacionales”, en la medida en que la historia del mundo (la historia universal, se decía) era naturalmente la suma de historias nacionales, comenzando por las historias que entonces marcaban la pauta: la de los europeos indiscutiblemente. Dando por entendido este esquema tan elemental, la manera de ver las cosas de más impacto durante los años finales del franquismo, sin duda resaltaba todo lo que formaba parte de eso que llamaban los “movimientos sociales” —el sindicalismo y la movilización obrera, en primer lugar, y los conflictos agrarios en un plano menos preeminente—. Como es fácil de entender, situar el conflicto social en el centro de la perspectiva historiográfica ordenaba una forma de entender la historia nacional, fuese cual fuese la perspectiva ideológica elegida por el historiador o historiadora. La otra variable que servía para aproximarse a la historia nacional era la de los conflictos generados por la construcción del Estado-nación, la fórmula por excelencia a la hora de dotar de orden a las sociedades contemporáneas. El Leviatán hobbesiano, el modelo por excelencia en el

asentamiento de la nación en los siglos XIX y XX, devino un hacedor incansable de conflictos. En la medida en que los fundamentos de partida (o potenciales) del Estado nacional no podían ser otros que el mercado y la fiscalidad, la unidad étnico-lingüística y la identidad cultural o política, el significado del modelo no era el mismo para todos. Las circunstancias locales influyen. Pensemos en el ejemplo más próximo: cuando se produjo el cambio del régimen centralista y castellanizador propio del franquismo hacia la España constitucional y autonómica en los años 1970-1980, es fácil entender que la preocupación de los científicos sociales en España fuese definir el significado pasado y presente de aquel artefacto, del Estado nacional. Estas dos formas de encarar la historia nacional que acabamos de mencionar se volvieron de manera inevitable el centro de las preocupaciones de los estudiantes de mi generación, como le sucedió a la inmediatamente anterior y a las inmediatamente posteriores.

Si hay un historiador que puede ejemplificar lo que estamos planteando, este es Eric J. Hobsbawm, judío austriaco de madre polaca, nacido accidentalmente en Alexandria, finalmente británico, que dedicó muchas y relevantes páginas al tema de la nación. En los años 1962, 1975 y 1987 Hobsbawm publicó una famosa trilogía: *The Age of Revolution*, *The Age of Capital*, *The Age of Empire*, un recorrido histórico de 1789 a 1918, libros de texto de alto nivel pensados para estudiantes universitarios. Cada uno de aquellos volúmenes incluía un extenso capítulo sobre la nación y el nacionalismo. La suma de los tres capítulos —reunidos recientemente en *On Nationalism* (2021)— constituye una suerte de historia general del tema, gracias a la masiva erudición del autor, puesta al servicio de un proyecto historiográfico de gran alcance y por encima de las fronteras nacionales, sobre todo de las europeas. Por sus particularidades, el trabajo de Hobsbawm solo es comparable con el de otros miembros del Communist Party Historians Group, del cual él mismo formó parte. Se trataba de un círculo de gran nivel intelectual que se mantuvo unido hasta la ocupación soviética de Hungría en 1956, cuando luminarias, como Rodney Hilton, Maurice Dobb, Christopher Hill, George Rudé y E. P. Thompson, se sintieron empujados a abandonar una militancia que se remontaba a sus comprometidas participaciones en la Segunda Guerra Mundial. A parte de la militancia política, lo que querría hacer notar es cómo ese conjunto de grandes historiadores

delimita la investigación al ámbito del mundo inglés, excepcionalmente al británico, nacional en cualquier caso. No era de ninguna manera un problema de localismo, era más bien la cuestión de congruencia del proyecto intelectual que cada uno de ellos se había trazado.

El personaje cosmopolita que fue Hobsbawm jugaba ciertamente con ventaja respecto a otros. Por razones familiares y de habilidad lingüística, conocía casi toda Europa y parte del mundo extraeuropeo, incluyendo América Latina. Esta familiaridad se aprecia inmediatamente en los libros que escribe. Pero la peripecia personal no es nunca el único motivo que define el programa intelectual que cada uno se traza. Lo muestra, *sensu contrario*, el caso de Edward Thompson. Este gran personaje participó en la Segunda Guerra Mundial en los Balcanes, donde estableció vínculos estrechos con combatientes de lo que iba a ser la futura Yugoslavia. Por si fuera poco, su padre, que tuvo una gran influencia en el historiador y en su hermano Frank, fue misionero metodista en la India, donde forjó una íntima amistad con Rabindranath Tagore y la familia Nerhu. Acabada la guerra, e imposibilitado por razones políticas, como Hobsbawm, para seguir una carrera académica convencional, Thompson emprendió una fascinante trayectoria de historiador y político. Esta doble condición lo conduce a volver la mirada a la tradición *libertarian* inglesa de siglos pasados, esa que, a su parecer, daba sentido a las libertades inglesas, cuyo espíritu era para él la única barrera que podía detener la clara involución autoritaria impuesta por los aires de la Guerra Fría. Esta visión de las cosas lo condujo a escribir su tesis (1955) sobre William Morris, el teórico de la artesanía artística, anarquista a su manera, próximo a las ideas de Marx, y autor de *News from Nowhere*, una suerte de panfleto revolucionario que interesará mucho al sindicalismo catalán. Después emprende una larga investigación sobre la clase obrera hasta publicar *The Making of the English Working Class* (1963), libro capital que incluso el propio Eric Hobsbawm envidiaba cuando observaba que muchos de sus estudiantes lo traían bajo el brazo, como explica en sus memorias.

Nación e imperio son dos realidades que se desarrollaron en paralelo al mundo moderno y contemporáneo, incluyendo el presente. Dos formas de concebir la nación pueden ser fácilmente identificadas. La primera, la más influyente, corresponde a lo que llamamos “primordialismo” o “esencialismo”. Dentro de esta categoría se incluyen aquellas formas de pensar la nación

como una realidad secular, un destino colectivo que se proyecta inevitablemente sobre las sociedades y los individuos, antes y ahora. En otras palabras, la nación es algo así como la herencia de los abuelos y los padres, un patrimonio del cual es imposible librarse. Entendida así, la nación fue reproducida por los individuos y los grupos sociales de forma casi inconsciente desde un pasado remoto que el historiador debe identificar y probar. Ciertamente, ningún esencialista negará que hubo un momento en que se produjo una notable alteración en las formas del proceso de transmisión. La formación de las sociedades letradas, con la imprenta y las comunicaciones a una escala cada vez más amplia, determinó que la nación adquiriera una codificación y densidad nunca vistas. A partir de entonces, los estudiantes aprenderían la nación en la escuela; los adultos, alfabetizados o no, en la vida ordinaria, gracias a los rituales y símbolos que codificaban a la nación, durante el servicio militar o participando en todo lo colectivo, en la política diaria, gracias a la información y cultura escritas y transmitidas. Cuando esta forma de socialización podía parecer mortecina y debilitada, en la ausencia de conflictos internos o con vecinos poco queridos, tocaba desvelar el sentido de pertenencia e identidad. Esta fue la labor del nacionalismo y de los nacionalistas —neologismo que aparece alrededor de 1850—, moderados o radicales, que surgen desde abajo o que se proyectan desde arriba, desde el Estado y las instituciones, herederas y administradoras de mitos, prejuicios, sentido de pertenencia e intereses compartidos. La nación se hace a sí misma pero nunca arbitrariamente.

Existe una segunda forma de encarar la cuestión. Una corriente historiográfica de gran fuerza a partir de la década de 1980 —en la que Eric Hobsbawm participó activamente con los materiales mencionados y con otros como la magnífica compilación *The Invention of Tradition* (1983)—, conocida como “modernismo” o “constructivismo”. Este modo de encarar el problema piensa la nación como un hecho contemporáneo, como una realidad fabricada desde las revoluciones norteamericana y francesa, cuando los pueblos abandonaron los lazos de servidumbre que los ataban a señores y monarcas para transferirlos a esa construcción que conocemos como “nación”, el fundamento de la identidad cultural y de la política de pertenencia al mundo contemporáneo. La palabra nación, ciertamente, ya existía; el significado que nosotros le damos no. Si hubo un libro que representó estas

posiciones fue *Imagined Communities* (1982) de Benedict Anderson, un especialista en historia del Sudeste asiático. Como el título indica, el autor define a la nación como una “comunidad imaginada”, una visión que toma forma en un momento determinado, modificando —en sociedades que no sentían esta pulsión o que no la sentían con la fuerza y las características que la sentirán después— la idea de comunidad compartida: “Es la magia del nacionalismo convertir el azar en destino”. Sin el ingrediente de la voluntad, ¿cómo sería posible pensar la mayor parte de las naciones del mundo?

Vistas así las cosas, estamos cerca del texto clásico de Ernest Renan (*Qu'est ce q'une nation?*, 1882), donde el filólogo francés definió a la nación como un “plebiscito diario”. Para Renan, solo el olvido del pasado y sus miserias permitiría a los alsacianos y loreneses de lengua alemana, o a los bretones, sentirse de verdad franceses por obra y gracia de la Gran Revolución. No era indispensable la homogeneidad étnica para hacer Francia. La patria francesa era mucho más que aquello de los “ancestros Galos” que repetían en clase los escolares de la Tercera República. Lo que contaba era la voluntad de pertenencia. Más que un mandato de la historia —¿cuál y desde cuándo?—, la nación era un acto volitivo, una voluntad de pertenencia que debía fundir en una sola entidad las diferencias de religión, lengua y costumbres de los habitantes del hexágono. Había un matiz en todo esto. Renan estaba pensando en términos de la contemporaneidad más absoluta: la Francia derrotada por las tropas prusianas en Sedán en 1870. Acorde con ello, era la guerra la que, para el historiador y filólogo, había forjado a Francia como tal (“la política del derecho de las naciones”). Si había que remontarse hasta Juana de Arco y la invasión inglesa, se hacía. Sesenta años después, al otro lado del Canal de la Mancha, durante los bombardeos alemanes sobre Londres, Sir Laurence Olivier representaba el *Enrique V* de Shakespeare arengando a los soldados ingleses en territorio francés para levantarles los ánimos. El mismo acontecimiento podía servir para reforzar la voluntad nacional de dos entidades nacionales distintas.

El matiz es importante. Esta doble condición de, por un lado, antigüedad y, por otro, el despertar nacional en un momento dado (*agency*) presenta siempre una enorme dificultad hermenéutica. ¿En algún momento existió la nación “italiana”? ¿existió la Alemania de la que Fichte reclamaba su despertar?; ¿alguna vez existió la nación española?; ¿existió como tal la catalana?

Responder de forma taxativa (taxonómica) plantea más problemas que los que resuelve. En los casos que acabamos de mencionar: ¿se puede invocar una comunidad unida por lengua o cultura si sus integrantes no podían entenderse entre ellos ni habían formado nunca propiamente una comunidad política constituida, al menos hasta muy tardíamente? Construir la idea de un destino que vale para todos, de una patria o de una nación común, exigía imaginación y voluntad política. La nación es, por supuesto, una comunidad imaginada. Otra cosa es que sea arbitrariamente imaginada.

## II

Una manera de salir del callejón sin salida y de distinguir con mayor precisión entre “nación histórica” y “nación moderna” podría ser encarar de lleno lo que anuncia el título de esta intervención (“...obre la nación en los imperios”). Han de permitirme una anécdota personal. Cuando en 2015 publiqué *La nación imperial: Derechos, representación y ciudadanía en los imperios de Gran Bretaña, Francia, España y Estados Unidos (1750-1918)* (2015), el profesor John H. Elliot, mi jefe en el Institute for Advanced Studies de Princeton, me cuestionó un título que le resultaba sorprendente. Si lo interpreté correctamente, para él la nación era una cosa y el imperio otra. Era conveniente distinguir. Para mí, el problema se planteaba de otra forma, más como una intuición que como una certeza. Ya se insinuaba esto en el subtítulo de los dos densos volúmenes (*Derechos, representación y ciudadanía*). La nación del siglo XIX, la “nación moderna”, surgió de los conflictos alrededor de las cuestiones insinuadas en el subtítulo. En síntesis: surgió, primero, del ejercicio de derechos; segundo, de las complejas formas de definir la representación política; y, en tercer lugar, de la indefinida y emergente fuerza que ganó la idea de ciudadanía, una especie de contrato entre el individuo y el Estado.

Ahora bien, a menudo el Estado-nación surgió en forma de imperio con todas las de la ley. En efecto, aquellas posibilidades de afirmación o negación política, de conflicto o de exclusión, tratadas por *La nación imperial*, tomaron forma en un mundo dominado por imperios. Por este motivo, y no por ningún otro, fue en torno a estas cuestiones que durante las épocas moderna y contemporánea se definió la identidad de los súbditos de las grandes monarquías imperiales y de las naciones que surgieron como suce-

soras en la administración de los grandes espacios donde los imperios habían ejercido la soberanía.

Un imperio no es una estricta proyección metropolitana. Menos aún puede entenderse como una estricta estructura institucional que entrelaza centro y periferia, metrópolis y colonias. Un imperio es mucho más que esto. Un imperio es un todo que abarca a sociedades que, en determinado momento, pasan a formar parte de un conjunto más amplio sin disolver su propia especificidad. Ya fuera por conquista, absorción, cooptación o establecimiento colonizador, las sociedades coloniales se transformaron incorporando vectores antes inexistentes —ora gracias a la capacidad de gobernar y hacer la guerra, ora como resultado de emigraciones y ventajas económicas—. A las metrópolis les ocurrió lo mismo, por los mismos motivos, pero desde otro lado. Simplificando, si un soldado o un emigrante sale hacia otro mundo, el lugar de salida y llegada son inmediatamente modificados. En definitiva, la evolución a ambos lados deja de ser la resultante de factores exclusivamente endógenos, propios e independientes. Tratar de ver (imaginar más bien) lo primigenio, exclusivo, genuino, es parte del esfuerzo heroico y persistente de las historias nacionales y de generaciones de historiadores que las sirvieron. Se trata de un esfuerzo condenado al fracaso, como es posible imaginar, al menos dentro del esquema que estamos construyendo en estas páginas.

Pensemos en algunos ejemplos. El primero lo tomaremos del mundo español. Cuando en la década de 1530 Francisco Pizarro y Diego de Almagro destruyeron el imperio de los incas (si acaso es correcto definirlo en estos términos), liberaron una gran cantidad de sociedades y grupos étnicos sobre los que Cusco había ejercido un dominio de cierta duración. Los liberaron y sujetaron nuevamente a otro orden, la vieja idea hispánica de las “dos repúblicas”. Cuánto permaneció y cuánto desapareció de los viejos mundos indígenas a lo largo de la época colonial es el gran desafío que debe evaluar la historiografía para comprender el ocaso del imperio español. Sabemos que cuando los Estados nacionales de Perú y Bolivia reclamaron la herencia del Inca o del complejo neo-Inca, tergiversaron el significado de los grandes levantamientos de Tupac Amaru II y Tupac Katari en Cusco y La Paz en 1780-1781 (Cecilia Méndez, *The Plebeian Republic*, 2005; Sinclair Thomson, *We Alone will Rule*, 2002). Todavía más silenciados, por ser más plebeyos y

campesinos, fueron los movimientos que debilitaron el mundo imperial español en las últimas dos décadas del imperio. Me refiero a los levantamientos de Huánuco de 1812 y de Cusco en 1814, una compleja continuidad con lo sucedido antes, tanto en el mundo quechua como aymara. Vistos aquellos movimientos sociales en su conjunto con ojos actuales, percibimos que mostraban la continuidad de formas de organización social propiamente andinas y de identidad étnica que las autoridades virreinales no habían sido capaces de valorar en su potencial subversivo. Dicho de otro modo, aquellos conflictos muestran más la porosidad del imperio, la violencia desatada cuando el orden se rompe, que la continuidad gloriosa que el Estado-nación criollo reclamó con posterioridad a la batalla de Ayacucho de 1824. El Estado-nación fue más bien, independientemente de los matices, el heredero de las demarcaciones institucionales y del orden social que se formó bajo el imperio, y menos el trasfondo campesino y plebeyo que hubiese desafiado el establecimiento de las imaginadas repúblicas criollas, de Santa Cruz al Pacífico.

Cambiamos el espacio de estudio. Cuando los ingleses llegaron a la India en las primeras décadas del siglo XVII, lo hicieron como agentes comerciales, como particulares en competencia con portugueses, holandeses y franceses. No fue solo la competencia entre europeos lo que les impidió a todos ellos un dominio más amplio del subcontinente. El factor que les hizo imposible convertirse en señores del lugar, a la manera de los españoles en América, hay que buscarlo en la naturaleza de los poderes preexistentes. En el norte, existía desde la primera mitad del siglo XVI un gran imperio “musulmán”, un verdadero imperio pluriétnico con una mayoría de súbditos hindúes y un aparato administrativo donde ejercían funciones al más alto nivel musulmanes procedentes de Asia central, hindúes, iraníes, una entidad política que dominaba toda la llanura del Ganges y el Yamuna hasta Bengala, un territorio inmenso y muy densamente poblado. Mientras tanto, el sur del Subcontinente era ocupado por Vijayanagar, un imperio hindú con todos los matices necesarios, el cual mantenía relaciones con Sri Lanka (Ceilán) y el sudeste asiático. Hasta mediados del siglo XVIII, casi un siglo después del inicio de la presencia británica, los miembros de la compañía privada *East India Company* no se sintieron en condiciones de dominar los poderes locales en el conjunto del Subcontinente, de convertirse en una especie de Estado

sobre otros Estados. Ambos ejemplos, el español y el británico, muestran la complejidad de jugar con ideas de metrópolis y colonias como si tratáramos de realidades compactas, fáciles de identificar y definir.

Existe además un problema complementario, como ya insinuamos: las metrópolis incluían situaciones domésticas que pueden ser calificadas de “coloniales”; en tanto que las “periferias” incluían a su vez grandes poderes autóctonos. Los ejes Cusco-Potosí-Lima-El Callao o Delhi-Agra-Calcuta eran genuinas metrópolis en sus propios espacios, grandes conglomerados de poder económico y social que permitieron la formación de aristocracias propias, organizando a su alrededor círculos de dependencia que incluían sociedades de menor rango. Como indicó C. A. Bayly en *Imperial Meridian* (1989), los intentos de explicar un imperio, sea desde las metrópolis o desde las periferias, están abocados al fracaso. París, Londres o Madrid nunca dispusieron de la capacidad de dominar dinámicas periféricas con sus propias lógicas.

Ni el levantamiento de 1780-1781 en Perú, incluidas las facciones más radicales, ni la guerra en la Maharashtra de 1817-1818 en el Subcontinente fueron revueltas antiimperialistas tal y como nosotros las entendemos. Estaban cerca de ello en sus reclamaciones del buen gobierno. Carecían, sin embargo, del ingrediente de nacionalismo de derechos y deberes, de nacionalismo transversal, de espacios donde su voz fuese audible si se quiere expresar así, elementos que devendrán primordiales en el mundo contemporáneo.

### III

Estamos en condiciones ahora de sacar conclusiones con mayores garantías sobre el tema que nos ocupa. La primera es aceptar que la larga vigencia de las “naciones históricas” se produjo a menudo en el marco de imperios que gobernaron el mundo en las épocas moderna y contemporánea. No se trataba de realidades incompatibles, sino complementarias, el fundamento de lo que sucederá más tarde. Se puede formular de otro modo: fuera del tipo que fuera, transoceánico o continental, marítimo o terráqueo, para entendernos, un imperio es por definición una realidad supranacional, una realidad que había tomado forma precisamente para someter desde de un centro de gravedad a sociedades diversas desde el punto de vista del orden social, la religión, la lengua y cultura, la historia común y compartida, muchos de

los rasgos que, en definitiva, servirán para dar forma y definir la nación contemporánea. Puesto que los imperios no estaban pensados para destruir la nación histórica, sino para sujetarla a un conjunto más amplio (la soberanía del Rey como imagen actualizada de la autoridad papal del catolicismo romano que, a su vez, había sido la imagen actualizada de la autoridad del César), la diversidad resultante se expresó en modalidades muy variadas de sociedades unidas por formas de patriotismo protonacional.

Tomemos de nuevo el ejemplo de los imperios con posesiones en el Nuevo Mundo o Asia, donde dominaban genuinas “naciones históricas” y, en sus márgenes, entidades que llamamos “sociedades tribales” o segmentarias, esas que han sido estudiadas por la antropología y la etnología clásicas. Un ejemplo nos servirá. En 1827, los Cherokee, una de las llamadas cinco naciones sabias de la costa este norteamericana, llevaron a Washington una constitución propia, inspirada en la de Estados Unidos, el imperio heredero del primer imperio británico. Vestidos a la europea, escolarizados y convertidos por décadas al presbiterianismo escocés, a los Cherokees les pareció asegurado el salto de tribu a nación y de nación a nación independiente. Grave error de perspectiva. Rechazada sin miramientos tal pretensión, acabarían siendo deportados, como las demás, al llamado *Indian Territory*, la Oklahoma de finales del siglo XIX, uno de los estados de la Unión. En proceso de conversión en una genuina nación-imperial, heredera y sucesora de la antigua metrópoli, la gran República se convertiría en una especie de museo de sociedades diversas, uno de los rasgos que denotan un imperio moderno o contemporáneo

Fue en el marco de los imperios que se desarrollaron patriotismos provinciales de larga duración, incluyendo en este esquema a los de las propias metrópolis, las cuales no eran de ninguna manera homogéneas. Modifiquemos de nuevo el ángulo de visión. En el interior del Imperio británico, India fue quizás un dominio más escocés que inglés, empezando por el *Board of Control* en Londres. Mientras tanto, y casi en paralelo, fue en el sur de Irlanda donde se asentó la gran propiedad de la aristocracia inglesa, mientras la emigración escocesa se hizo de una parte del norte de la isla —los condados de la actual Belfast—, con una convivencia de irlandeses católicos y escoceses presbiterianos solo posible como producto del imperio. Este esquema seccional se reprodujo en Norteamérica. De las trece colonias, Nueva

Inglaterra era decididamente puritana y congregacionista, siempre dispuesta a hacer la guerra a los católicos franceses quebequeses; Kentucky y las Carolinas eran episcopales (la prolongación de la Iglesia de Inglaterra al otro lado del Atlántico) pero llenas de metodistas; Pennsylvania fue una fundación cuáquera, como su nombre lo indica. Más tarde, unas colonias fueron decididamente esclavistas, pero rechazaron esa forma de servidumbre. Todas formaron parte, durante un siglo y medio, del mismo imperio monárquico. Giramos la vista hacia el imperio español. En Nueva España, la ciudad y provincia de Tlaxcala mantuvo durante trescientos años los fueros y privilegios propios, obtenidos como recompensa por la antigua alianza con los conquistadores castellanos. El caso del mundo andino no es igual. Como antes insinuamos, la aristocracia del Tawantinsuyu, fuera quechua, aymara o uru, sobrevivió reconvertida en caciques a la superposición de la administración civil y eclesiástica española más los señores de indios, no siempre en conflicto. En otro rincón del Imperio, Filipinas se convirtió en una posesión prácticamente vasca y china en los siglos XVIII y XIX, obviamente sobre una población local solo parcialmente tagala.

Estos ejemplos, que podrían multiplicarse, muestran cómo la porosidad característica de los grandes imperios permitió a la larga la subsistencia y conformación de sociedades con arraigo territorial e identidad propia. Así pasó con religión, lengua, viejos patriotismos, ideas sobre buen gobierno e identidades étnicas —entre las cuales unas a menudo se imponían a otras sin que interfiriera la administración imperial—, todo ello tanto en el centro como en las extremidades de aquellos mundos, como acabamos de ver. Fue en el mundo contemporáneo, con las nuevas comunicaciones y la nueva transmisión de información, con las grandes corrientes migratorias y las transformaciones del mercado mundial (trabajo y mercancías), que se introdujeron tensiones que hicieron insostenible la coexistencia armónica de ideas de nación tal como las entendemos nosotros. Fue entonces posible el surgimiento en paralelo de nacionalismos metropolitanos y de nacionalismos en las sociedades que habían formado parte de espacios bajo soberanía única. Los cimientos para ello existían en todas partes. Este es el gran tema de los siglos XIX y XX, desde las revoluciones atlánticas en Francia y Norteamérica. Por ello, es vital señalar esta línea de separación crucial, las fuerzas que modifican las relaciones entre las partes y el todo, tanto entre las metrópolis

y las sociedades bajo sus dominios, como entre las propias sociedades coloniales. En un mundo finalmente gobernado por imperios de base nacional, o que aspiraban a serlo, el nacionalismo antiimperialista por primera vez se convirtió en una herramienta política de importancia decisiva.

Algunos ejemplos de los mundos invocados previamente pueden servir para cerrar estas especulaciones sobre la nación en los imperios. El primero de ellos nos regresa al Nuevo Mundo hispánico, al proyecto nacional del primer liberalismo español y al proyecto del criollismo americano. La literatura disponible puede dividirse fácilmente entre aquella que da por entendido que la crisis imperial dividió irreparablemente el Viejo y el Nuevo Mundo, como si se tratara de dos realidades unidas solo por el hilo administrativo e institucional al que ya hemos hecho referencia, lo cual constituye una pobre y muy parcial visión de lo que era la Monarquía católica. Libros de escala comparativa ambiciosa permiten marcar distancia con estas ideas tan consolidadas. Me refiero al trabajo bien conocido de Jaime E. Rodríguez (*La independencia de la América española*, 1996) o a los más recientes de Brian Hamnett (*The End of Iberian Rule on the American Continent, 1770-1830*, 2017) y José M. Portillo (*Una historia atlántica de los orígenes de la nación y el Estado: España y las Españas en el siglo XIX*, 2022). A este respecto, quisiera referirme a dos cuestiones bien conocidas en la historia española. La primera es la formación en paralelo de la idea nacional a ambos lados del Atlántico a finales del Antiguo Régimen, durante los primeros compases de la reconstrucción de ambos mundos en clave liberal y nacional. En la Península, por primera vez se separa la construcción de la nación española de lo que había sido la monarquía hispánica como tal. El conflicto dinástico ciertamente contribuyó a que esto sucediera a principios del siglo XIX, y se prolongó unas décadas más. En medio siglo se reformó la planta del Estado y se procedió a una definición más estricta de quién era y quién no era español, de quién podía o no acceder a las instituciones, una distinción propia de cualquier proyecto de formación nacional. Nada de eso sucedió arbitrariamente. Para definir una idea de derechos y de participación política, de inclusión o exclusión del súbdito/ciudadano en la monarquía parlamentaria, el primer liberalismo español pagó un precio muy alto ante la variedad de situaciones que habían convivido en el imperio. La discusión capital se inició en Cádiz en 1810 con la cuestión de las llamadas “castas

pardas”, pero se prolongó durante el Trienio Liberal y más allá. Las discusiones alrededor de los descendientes de africanos (castas pardas) —cuál sería el lugar que ocuparían en la escala social— terminaron con su exclusión de la ciudadanía, empezando por la inscripción en los censos que la acreditaba. Las “castas” a las que se referían eran las de los afroamericanos libres (los esclavos y las mujeres no contaban, ya que el estatuto de personas dependientes o no libres los excluía por definición). En las grandes ciudades, como México, La Habana, Lima, Quito, Buenos Aires o Montevideo, los afrodescendientes libres, a veces por generaciones, habían sido reclutados para formar parte de las milicias de pardos y morenos, con un protagonismo militar indiscutible en la defensa del imperio. Los auténticos motivos de exclusión de un grupo social tan relevante apuntaban a otra dirección: excluir de los censos electorales a las castas afrodescendientes era una forma de rebajar la representación de los criollos americanos en las Cortes de 1812 o en las del Madrid del Trienio Liberal (1820-1823), lo cual era una forma de asegurar la mayoría parlamentaria de los peninsulares. Todo ello explicado y vestido naturalmente con el lenguaje del primer liberalismo. No todo el mundo aceptó aquel notorio abuso de poder. Recuerden las críticas que José María Blanco White dirigió a aquella política torpe desde su exilio londinense. No hace falta decir que aquella batalla ideológica y política influyó en la forma que tomará la América independiente, a medida que avanzaba la secesión, en la voluntad de los grandes caudillos Simón Bolívar y José de San Martín de preservar las dimensiones del imperio, de mantener el orden social vigente y la preeminencia criolla sobre las “castas”, de reafirmar el militarismo de raíz borbónica tardía, todo ello argumentado, como era imperativo, en el lenguaje del liberalismo de la época. Asimismo, y en paralelo, ascendió otra realidad, allí donde la España peninsular pudo mantener la soberanía, una combinación de exclusión racial y pretorianismo que se proyectó hasta el último tercio del siglo XIX sobre los dominios preservados en Cuba, Puerto Rico y Filipinas. ¿Cuándo comenzó entonces propiamente la formación de la España nación? ¿Puede ser pensada fuera o al margen de lo que fue el imperio si tomamos en consideración la primera constitución liberal, esa que hizo despegar al sujeto nacional de la monarquía como tal y se definió a sí misma como la constitución válida para los “españoles de ambos hemisferios”?

Cambemos una vez más de escenario y de protagonistas. Antes y después del periodo de entreguerras mundiales, el nacionalismo en la India británica no fue ni étnico, ni lingüístico, ni religioso, sino imperial en el sentido más genuino, por encima de las diferencias históricas que los británicos habían cultivado con sumo cuidado. El nacionalismo de Naoroji, Gandhi, Nerhu o Tagore se desarrolló para dar continuidad al conjunto de aquel edificio tan trabajosamente construido por los británicos. La India como tal (el subcontinente como decimos ahora para no ofender a nadie) nunca había existido. Aquella “comunidad imaginada” fue edificada por los funcionarios y militares británicos derrotando a los imperios y entidades políticas locales, al gran imperio mogol en el norte y a las castas guerreras que dominaban el centro del subcontinente hasta los años 1830-1840. Aquel gran proyecto de unidad se reforzó con la eliminación de las tropas nativas de la *East India Company* que traicionaron la confianza de los británicos durante la Gran Revuelta de 1857, y culminó veinte años después con la coronación de la reina Victoria como emperatriz del *Raj* (reino o imperio en las lenguas neosánscritas). El resultado fue una nueva entidad, superior a todas las diferencias regionales, étnico-lingüísticas, religiosas (hindúes, musulmanes, budistas, parsis y tantos otros) y de poder local. Aquel mundo enorme, uno de los más sólidos fundamentos del Segundo Imperio británico, sobrevivió casi un siglo y se hundió política y culturalmente entre las dos guerras mundiales, cuando el nacionalismo emergió como una fuerza imparable con el sueño de prolongar las instituciones y el prestigio global del nacionalismo forjado por los europeos. Para que ese proyecto fuese viable, las arbitrariedades y violencia del Imperio fueron proyectadas como el cemento forjador de una unidad capaz de situarse por encima del andamio de dos siglos de dominación foránea, en la cual habían prosperado altos dignatarios de las múltiples sociedades locales y regionales. Como afirmó Christopher A. Bayly con clarividencia: “Lo que la modernidad impuso fue transformar y reorientar aquellas emergentes identidades más que inventarlas *ex nihilo*”. Ciertamente, el descontento de los súbditos descansaba sobre cimientos sólidos. Las hambrunas masivas en el norte y sur durante la segunda mitad del siglo XIX, la clamorosa pasividad virreinal para combatirlos y episodios como la matanza de Amritsar el día de la celebración hindú de la llegada de la primavera en 1916 —en una coyuntura muy delicada debido a la masiva

participación de tropas indias en la Gran Guerra— fueron sucesos que impresionaron a los habitantes del Raj, independientemente de sus diferencias religiosas, culturales y de identidades regionales. La debilidad del imperio durante la Segunda Guerra Mundial mostró a ese mundo enorme que la sujeción a un poder en declive había entrado en una fase crepuscular. Una vez transformado aquel mundo inmenso en República —en dos Repúblicas con la *Partition* de 1947—, la utopía imperial persistió y persiste.

Insisto, imperio y nación son con frecuencia realidades inseparables en la medida en que se desarrollan en paralelo. Nunca se acabó el mundo de los imperios, tampoco la capacidad de evolución y transformación que demostraron históricamente. Tampoco ha terminado el mundo de la nación, su evolución y transformación. Dadas su irrefrenable voluntad expansiva y su vocación de universalidad, los imperios pueden ser el instrumento adecuado para tutelar a sociedades que nacen y viven bajo su soberanía, incluyendo aquellas que tienen una fuerte personalidad e identidad propia. Alcanzar la armonía no figuraba en la agenda del Consejo de Indias, tampoco en la del *Colonial Office* o del *Secretary of State for India*. Las instituciones imperiales podían proponerse avanzar hacia una administración discretamente justa y racional, capaz de evitar conflictos, pero los resultados fueron siempre mediocres y quebradizos. No hay duda de que la política del *divide et impera* prolongó largos ciclos imperiales, pero difícilmente pudo evitar el desarrollo de sociedades con formas de patriotismo compartido o evitar que se convirtiesen en “comunidades imaginadas” cuando las cosas no eran satisfactorias. Llegados a este punto, los imperios podían proponerse operaciones de destrucción de proyectos alternativos que amenazaban su estabilidad, sobre todo porque el conflicto no solo los enfrentaba a los nacionalismos antiimperialistas internos, sino que se daba en el marco de conflictos con imperios rivales, como sucedió en los dos grandes conflictos del siglo XX. El antiimperialismo propiamente hablando nace en este contexto.

La Gran Guerra es el ejemplo por excelencia. Cuando terminó aquella horrible mortandad, el Tratado de Versalles elevó la idea de autodeterminación de los pueblos como señera, y colocó de nuevo a la muñeca rusa sobre la mesa de la política internacional, donde aún aguanta con un destino tan incierto como inquietante. El mapa de buena parte de la Europa posterior a 1918 fue la contraparte del derrumbe de los llamados imperios centrales,

del alemán en el mundo colonial, del austrohúngaro y el otomano, con la revolución en el imperio de los zares y más tarde en China después de la Segunda Guerra Mundial. Los nacionalismos antiimperialistas cambiaron poco a poco el mapa de los espacios coloniales en otros continentes. La lista es bien conocida: 1947 (India), 1954 (Indochina), 1956 (canal de Suez), 1963 (Argelia) o 1991 (el hundimiento de la URSS). Todo ello no desemboca en el fin de los imperios, como podemos observar perfectamente en las actuales circunstancias. Si nos alejamos de la perspectiva hobsbawniana de las “naciones étnico-identitarias”, entendemos que la fabricación del mapa del mundo es el resultado del conflicto entre los imperios existentes y del ascenso de los nacionalismos que se forjaron en su interior, poniendo punto final a una coexistencia de siglos. Ambas posibilidades son viables y acreditadas por la historia.

En ningún momento me ha pasado por la cabeza construir una “teoría” de la interacción entre imperio y nación. El concepto clásico de nación es demasiado antiguo para proyectarlo linealmente hacia el presente, como si fuera una especie de mandato que nos obliga a actos de fe wilsoniana, siempre de incierto cumplimiento y de resultados poco recomendables. Ni el derecho de autodeterminación, y menos el de secesión, fueron incluidos en los famosos catorce puntos del presidente de Estados Unidos —un supremacista blanco de Virginia del estado sureño que protagonizó la tentativa secesionista de abril de 1861, la que condujo a una Guerra Civil que costó 600 000 muertes—. Sin embargo, nación e imperio, aunque con distintos significados, siguen constituyendo los planos en los que se organiza el mundo contemporáneo. Nada nuevo bajo el sol, a ello le deberíamos sumar la innegable realidad del desarraigo de millones de seres humanos en un mundo desigual y superpoblado. A la historiografía le corresponderá explicar que la complejidad actual no tiene nada de sorprendente; que no lo era menos en los periodos lejanos que estudiamos desde nuestros respectivos campos de especialidad. ❧

